

868
B

PQ 6603
.E6
A2

ES PROPIEDAD.—DERECHOS RESERVADOS



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Artes Gráficas MATEU.—Paseo del Prado, 34. — MADRID



Acotaciones

I

Las vacaciones veraniegas nos han permitido dedicar más tiempo á la lectura. Se lee algún libro nuevo, desairado durante el invierno, se vuelve á leer algún libro que fué el encanto de nuestra juventud. ¡ Peligrosa revisión en muchos casos! Nuestro espíritu no es dos veces el mismo y hay pocas obras de tan intensa vida que, como nuestro propio espíritu, sean siempre distintas, siendo siempre grandes.

Y... la lectura en el campo ó frente al mar, la confrontación de la literatura con la Naturaleza, ¡ es tan poco favorable á la literatura! Sucede en las exposiciones de

cuadros que, la vecindad de una planta natural, decorativa del salón, aun con ser planta de invernadero y casi de artificio, perjudica y malogra con su proximidad el verdor del paisaje mejor pintado.

Así, los idilios, las églogas que leídos en la ciudad, nos parecieron saturados del más puro sentimiento de la Naturaleza, nos parecen, leídos frente á ella, bien falsa pintura. Y ¿qué diremos de esos perniciosos escritos, los más perniciosos de todos, esos que nos describen la bondad y la sencillez de los campesinos, abominando por contraste de la doblez y de la falsía cortesanas?

¡El campesino! Sólo dejando perderse nuestro espíritu en la misma serenidad de la Naturaleza, podemos vencer nuestra antipatía y convertirla en una gran piedad ó una resignada aceptación. ¡Pobre gente!, diremos. ¡No puede ser de otra manera! ó ¡si no fuera así, no sería!

Pero, si alguien quiere despreciar á la humanidad definitivamente, que viva en un pueblo un poco de tiempo. ¡El idilio! ¿Dónde están los idilios?

El amor más influído por intereses de fa-

milia que en las ciudades. ¿La familia? La mujer es esclava, los hijos instrumentos de trabajo apenas andan, los padres carga insoportable apenas envejecen.

Por las herencias se enemistan á muerte los hermanos; el odio se perpetúa de generación en generación.

¿El sentimiento de Patria? Se odia al pueblo vecino y de una á otra calle hay rivalidades.

¿El sentimiento religioso? Supersticiones de salvaje en las calamidades; blasfemias de bárbaro cuando la salud y la fuerza envalentonan.

¿Los muertos? A padres, esposos, hijos, los lloran las mujeres, con fórmulas de plañideras; hay aullidos de animal herido, ataques de histerismo... mientras se vela al cadáver y al verle salir para siempre de la casa. A los dos días, olvido, indiferencia. El Camposanto es lugar de terror; las mujeres dan siempre un rodeo por no pasar cerca. Sólo crecen en él ortigas y malvas locas.

Perniciosa literatura la de esos falsos pintores de idilios campesinos. Es preciso que

la ciudad sienta todo el horror de esa vida miserable, que piense y medite y se apresure á llevar un poco de amor y de inteligencia á esos desolados eriales de los espíritus muertos.

De otro modo, alguien podrá aprovechar todo ese mal, que si no parece tanto mal, es porque está acobardado; y ese día... los bárbaros caerán sobre las ciudades con toda su barbarie, interrumpiendo quizás la lectura del idilio engañoso; la más falsa, la más perniciosa literatura.

* * *

Vuelve á discutirse, si el teatro Español, por ser el único teatro con apariencias de Teatro Nacional en España, debe ser Museo de arte dramático, donde sólo se represente nuestro glorioso teatro clásico, donde sólo puedan alternar con los clásicos, los autores que la opinión tiene por consagrados, sin perjuicio de faltarles á la consagración, en cuanto se descuidan; ó teatro abierto, á los autores noveles, que, por razón ó pretextos

mercantiles, no hallan franca la entrada en los demás teatros.

Yo creo que á todos debe oirse y á todos debe atenderse. Si los clásicos tuvieran más voz que la de sus refundidores en estas controversias de los vivos, tendrían más razón que nadie. Tienen razón los consagrados y tienen razón los noveles.

Para conciliar los intereses de todos, lo mejor sería ampliar el número de representaciones en el teatro Español. No es más riguroso el verano en Madrid que en París, y la Comedia Francesa está abierta todo el año.

Verdad es que la Comedia Francesa cuenta con una subvención que permite al Arte cierta independencia de la taquilla. En España el Estado no puede conceder subvenciones al teatro, al contrario, es el teatro el que subvenciona al Estado, como mayor y más castigado contribuyente. Pero yo creo que, con una compañía modesta, rebajando los precios todo lo posible, pudiera hacerse una temporada de primavera y aun de verano en el Español, que sino muy provechosa sería muy defendible. De este modo ha-

bría tiempo y espacio para que todos, muertos y vivos, viejos y jóvenes, alternaran en amor y contaduría.

La lucha es legítima. Pero siempre que se luche con iguales armas y en el mismo terreno. No es razón que los consagrados cierran la puerta á los noveles, ni es razón que los noveles quieran echar tan pronto de su casa á los consagrados. El público es quien ha de fallar en definitiva. ¡Ojalá los intereses de las empresas permitieran que el público pudiera ver representadas todas las obras que llegan á manos de los directores de teatros! Ni los consagrados ni los que han de serlo perderían nada; el único que perdería sería el empresario.



II

En los teatrillos y salones destinados al género llamado de variedades, entre mil chabacanadas y chocarrerías, asoma alguna vez un poco de arte. Y hay que observar cómo el público que cocea, pateo y aulla ante los números vulgares, se siente poseído de respeto cuando por acaso el verdadero arte se le presenta. Lo que indica que, para que el público respete hay que empezar por respetarle.

La *Argentina*, con sus danzas, es una de las pocas artistas que merecen ser consideradas como tales entre las que se presentan al público en dichos salones.

Sus danzas no serán de un gran clasicismo dentro del baile español; no es la bole-
ra ni la *bailaora* castizas. Ha viajado mucho, y su arte es una graciosa fantasía sobre motivos españoles. Pero ¡qué gentileza en toda su persona, qué apasionado ritmo en

todas sus actitudes, qué armonía al erguirse y quebrarse y torcerse las líneas de su figura esbelta! Por ella puede repetirse lo que decía Rossetti: *Ser bella de este modo es ser un genio.*

Bellezas en reposo hay muchas; bellezas que pudiéramos llamar dinámicas, hay pocas. ¡Cuántas bellas esculturas humanas se desgracian al andar desgarbado, al accionar descompuesto! Ojos de bello mirar hay muchos; brazos y manos de noble y armonioso accionar, hay pocos.

Es la danza cinematógrafo viviente que nos presenta una misma figura en un instante en varias actitudes. Si una sola destruye la armonía, se deshizo el encanto de la escultura animada.

Si la danza ha de ser verdadero arte, toda idea de sensualidad ha de alejarse al contemplarla. No es verdadero arte el que no es todo espíritu y como revelación del espíritu inmortal no viene á confortarnos.

Bailarinas como la *Argentina* pueden servir de glosa á Platón y á los mismos místicos.

Así deben comprenderlo muchos graves

señores que acuden diariamente á... filosofar sin duda ante la peripatética bailarina.

* * *

El antiguo Salón Eslava, con su café en la planta baja; el antiguo Salón, que ya sólo recordamos agunos viejos, fué transformado en un teatro alegre, donde tuvo por mucho tiempo pagano templo lo más alegre y atrevido del género chico.

Hoy el Salón, el teatro alegre, es uno de los teatros más elegantes y cómodos de Madrid, por obra de Vicente Lleó, ese artista en quien se han jurado alianza corazón, inteligencia y voluntad, raro consorcio en artistas y en españoles.

Esperamos que, por esta vez, no se cumplirá el proverbio francés «Lo mejor es enemigo de lo bueno». El público agradecerá y recompensará la mejora con largueza, ya que con largueza le ha sido ofrecida.

Vicente Lleó, para replicar noblemente á los que le acusan de extranjerizado, ha que-

rido inaugurar su teatro con una de las mejores zarzuelas españolas, *La bruja*.

En la noche de la inauguración particular, ante un público invitado, hubo aplausos para todos: para Vicente Lleó, como empresario, como director; para don Miguel Ramos Carrión, autor del libro; para los artistas y su director de escena, para el pintor escenógrafo, para el veterano Berges, el tenor que estrenó la obra en el teatro de la Zarzuela y la llevó en triunfo después por toda España... Todos estaban allí, todos pudieron gozar el halago del aplauso y el agridulce de los recuerdos. Sólo faltaba el maestro Chapí. Yo sé que no fui solo al recordarle. No recordaba solo al músico glorioso, recordaba al hombre bueno, que seguro de su valor, como todo el que sabe lo que cuesta valer algo, sabía ser, sin embargo, tan modesto, tan sencillo, tan indulgente.

Y en esta noche que hubiera sido de triunfo para él, ¡él sólo faltaba! Y como nos dejó en la plenitud de su vida y de su talento, como dentro de las previsiones y de los cálculos humanos aun debiera hallarse

entre nosotros, la música de su obra admirable, con sonar á gloria, sonaba también á muerte.

* * *

Entre la justicia, por deber, y la pública opinión, por ociosa curiosidad, desnudan, disecan y desmenuzan cuerpos y almas, en sus procesos sensacionales, de donde, no solo las víctimas y los culpables, sino cuantos con ellos tienen relaciones ó afinidades, salen maltrechos en su corazón, en su honra, en sus afectos más íntimos.

¿No pudiera hallarse la fórmula que conciliara el supremo interés de la justicia, con el respeto debido á toda humana criatura, por desgraciada, por culpable que sea? ¡Y si de los verdaderos actores de la tragedia se tratara no más! Pero, ¿los hijos? ¡Las criaturas inocentes, que han de oír, que han de saberlo todo!

«¡Sea ese el mayor castigo!», dirán tal vez los implacables rigoristas. Pero ¿quién va más castigado? ¿La madre que ha de avergonzarse ante sus hijos, ó el hijo que ha de avergonzarse ante su madre?

¿Es tan necesaria toda esa publicidad á la justicia humana?

Cuestiones son estas de ardua psicología social que debieran ser más estudiadas y discutidas.

Nos preocupamos poco de todo lo que creemos que no ha de sucedernos nunca.

Las leyes jurídicas y las leyes sociales parecen que han sido dictadas por gentes dichosas. Verdad es que los desgraciados no hubieran dictado ninguna: las rasgarían todas. Ellos saben que solo hay una ley verdadera y humana: el perdón.



III

Condiciones económicas de la vida moderna han determinado en los grandes centros de civilización lo que ya empieza á definirse por algunos como bancarrota del matrimonio, algo más evidente que la famosa bancarrota de la ciencia que nos señaló Brunetiére.

Como todo problema económico, esto afecta más sensiblemente á las clases medias sociales. Para las clases bajas, la consagración matrimonial del amor es casi siempre una necesidad y aun supone una economía. El trabajador no dispone de tiempo ni para vagar ni para aventuras amorosas.

En las clases altas, el matrimonio es un lujo más, que por ser lujo hasta puede ser por amor en algún caso. Pero, en la mayoría, es dos fortunas que se suman, dos escudos nobiliarios acolados: el dinero del hombre que sufraga el lujo de una belleza,

ó el de una mujer que compra la vanidad de llevar un nombre ilustre, en la política con preferencia, ó la más peligrosa de adquirir un hermoso ejemplar masculino de primera fuerza en los *sports*.

Pero en la clase media el matrimonio no es apremiante remedio de necesidades, como en la clase baja, ni es artículo de lujo, como para los ricos.

Una mujer sin dote ó heredera de un modesto caudal, un hombre con un sueldo ó corta renta procedentes de su trabajo, no pueden aspirar á comprar talentos ni bellezas, pero pueden, si los poseen, ó creen poseerlos, aspirar á venderlos. El matrimonio puede ser un buen medio para mejorar de posición. No conviene, pues, casarse sin reflexionar, con el primero ó la primera que nos enamora. Una cosa es amor, y el matrimonio es otra cosa.

Para el hombre, el problema no es muy complicado. Quiera burlar amante, para declararse después insolvente de matrimonio; quiera formalizarse marido, para declararse después en quiebra de amor, su papel no es difícil: franca acometividad primero, y

más franca huída después, en el primer caso; franca y continua acometividad, en el segundo.

Pero las pobres mujeres ¿qué harán en cualquiera de los dos casos? O enamoradas del que no las conviene para marido, ó perseguidas por el amor de quien sólo amor busca en ellas, cuando para ellas es el *marido ideal*, al que hay que obligar al matrimonio á todo trance. Con el que ama, pero no debe ser marido, ¿hasta dónde resistir el propio deseo? De quien no quiere ser amada, pero debe serlo, ¿hasta cuándo defenderse?

Bien saben las mujeres que, el único medio de llevar al matrimonio al hombre que no va para marido, es excitar su deseo, sin satisfacerlo nunca. Conviértese así el amor en juego de amagar y no dar: es la trampa vulgar del fullero, que marca con media moneda, y si llega la de ganar, empuja suavemente la moneda para decir. ¡Va todo!; y si perdió, la deja en su lugar, como marcaba, para no perder todo y poder desquitarse en otra talla.

En este difícilísimo arte de convencer amantes sin llegar al matrimonio, ó de lle-

gar al matrimonio sin arriesgarse á caer en amante, la mujer inglesa es maestra insuperable. Verdad es que todo la favorece. En lo físico, su mirar candoroso, la frescura infantil de su cara, su hablar dulce, interrogante, como de niño curioso que todo lo ignora y todo se atreve á preguntarlo. En lo moral, la altivez de su raza, la suprema distinción que posee la sociedad inglesa para no darse por entendida de lo que no conviene enterarse, la caballerosidad de sus hombres, que saben guardar secretos de amores.

Esta es condición indispensable, y con esta dificultad luchará siempre la mujer meridional en estas horas en que Don Juan lleva por índices sus conquistas para *flirtear* con resultado. Desde el momento en que los hombres sean alabanciosos, se destruyó el mayor encanto del *flirt*, que está sobre todo en no saber hasta dónde llegó.

¡El *flirt*! ¿Qué otro medio de contrarrestar esta bancarrota del matrimonio, traída por la carestía de los alimentos y de todo lo que alegra y embellece la vida? ¿Qué podéis hacer vosotras, pobres muje-

res, puestas siempre en el dilema de parecer ligeras si no sabéis defenderos, calculadoras si os defendéis demasiado, sino entregaros al dulce *flirt*, simulacro de amor, que, sin bajas sensibles que lamentar en vuestra virtud, puede llevaros alguna vez á la victoria definitiva del matrimonio, con un dominio, en cambio, de la táctica amorosa, que vuestro marido será el primero en agradecerlos?



IV

¡Oh! Este es un país muy serio. Basta leer algunos nombramientos de los que trae la *Gaceta* á diario para convencerse de ello. Aquí se puede hacer todo lo que se quiera, leyes disparatadas, planes de hacienda absurdos, campañas en que se arriesga la vida de millares de hombres: como todo sea con seriedad, bien está todo.

Lo que no parece bien es que unos cuantos escritores y artistas de buen humor se diviertan sin ofensa y molestia de nadie, como les parezca. La representación de *Don Juan Tenorio* ha escandalizado á muchos graves señores.

Contemos que la fiesta fué por invitación, que sólo asistió á ella el que tuvo gusto, que cada uno contribuyó en lo que pudo y quiso, que á nadie de los que tomamos parte en la broma se nos podía caer venera ni cruz ni banda, por la sencilla razón de que

todos éramos gente de poco más ó menos, trabajadores en nuestra profesión, lo mejor que sabemos y podemos, pero nada más; poca cosa en país de ricos ociosos, únicos que pueden permitirse bromas y esparcimientos sin que nadie murmure. ¡Es natural! Atropellar gentes por esas calles y esas carreteras con automóviles de lujo es algo más serio que representar comedias.

De la broma han quedado 900 pesetas para cada uno de los Dispensarios antituberculosos de la Reina Victoria y de la Reina Cristina.

En el ensayo general se recaudaron 60 pesetas entre los concurrentes, con destino al desayuno escolar, obra muy meritoria. Pero, no hay duda, nos hemos puesto en ridículo. Así nos lo demostró el público no acudiendo al teatro de la Comedia y protestando ruidosamente contra la ligereza de nuestra conducta. Nos servirá de lección. Muchas gracias á los amables compañeros que nos advierten á tiempo.

* * *

A propósito del Desayuno Escolar. No me cansaré de llamar la atención del público sobre esta buena obra que han tomado á su cargo algunas inteligentes y bondadosas maestras de niños. Tal vez por esto la buena obra no ha conseguido los honores del reclamo. Las maestras no tienen cronistas de sociedad para sus buenas obras. ¡ Pobres señoras!

Pero vosotros, los niños ricos, mimados por la fortuna y por vuestros padres, los que tomáis todas las mañanas vuestra jícara de sabroso chocolate, con sus blandos bizcochos ó los dorados buñuelos, ó vuestra taza de café con leche, con sus tostadas de pan y su manteca de la Montaña ó de Dinamarca, acordáos y haced que se acuerden vuestros padres, de tantos niños pobres, muy pobres, que van á las escuelas gratuitas tiritando de frío, con la carita amoratada y el cuerpo entumecido, sin haber probado bocado muchas veces, otras con un mendrugo de pan endulzado en unas gotas de aguardiente. ¿Os parece mentira? Es como un cuento triste. ¿Verdad? Pues ese cuento es la vida de muchos niños y esa rea-

lidad es un coco más espantable y más horrible que el trago imaginario con que os amenazan niñeras inciviles para que seáis buenos, es decir, para que no les deis á ellas guerra, que buenos lo sois todos, aunque seáis traviosos, porque tenéis salud, vida y regalo.

Pero no seáis egoístas. Que vuestro primer pensamiento al levantaros sea para los niños pobres y también el de vuestros padres. Sea obra vuestra la del desayuno escolar y la de las cantinas escolares. Con muy poco dinero ¡ puede hacerse tanto!

Quizás sea tarde para mejorar á los hombres; por eso hemos de pensar más en los niños. Quizás sea tarde para que los padres eduquen á los hijos; veamos si los hijos educan á los padres!

El día en que las escuelas públicas fueran lo que debían ser y los maestros estuvieran pagados y considerados como debieran estarlo, debiera ser obligatoria la asistencia de los niños ricos á esas escuelas.

¡ Hermoso principio de fraternidad y de igualdad, que después sería consolidado en

el cuartel y en la vida toda! ¡ Empieza tan pronto la división de castas!

¡ Oh, el sublime amor de Walt Whitman á los humildes, el amor á los camaradas, fundamento de la verdadera democracia!

* * *

En varias ocasiones, una vez más el otro día, oyendo una admirable conferencia de Enrique de Mesa en el Ateneo, viéndole emocionado y temeroso, y aunque la timidez y la emoción no llegaran á deslucir su trabajo, pero sí á que no fuera realizado por la lectura como debiera, he pensado en el temor que inspira nuestro público á todo el que ante él ha de manifestarse.

Yo he oído á oradores, á conferenciantes, á artistas de todo género en diferentes partes del mundo, y los he visto seguros de sí mismos, respetuosos, si, pero no azorados como entre nosotros. ¿Por qué? Porque el público no se mostraba con esa actitud ceñuda, hostil, de severo juez que lleva siempre el público español, no sólo cuando paga, sino cuando va gratuitamente á pasar el

rato, aunque no siempre se divierta ó se ilustre, Aquí parece que vamos siempre contrariados á todas partes. La gente llega tarde al teatro y se levanta impaciente antes de que termine el espectáculo. A las conferencias asiste con desabrimiento, como si alguien les obligara. Todo esto influye sobre el orador, lector ó artista, y el temor de estar molestando le cohibe, le angustia; sólo tiene una preocupación: acabar pronto; su actitud es humilde, como si pidiera perdón...

Así estamos siempre acobardados. Los mejores propósitos se malogran por timidez. Teme el hombre de gobierno, teme el artista, teme el inventor, el industrial. Como desconfiamos del público, desconfiamos de nosotros mismos. ¡Y luego se dice que aquí no hay nada que valga la pena! Pero ¿es que nada que valga la pena puede existir por sí solo? ¿Qué puede valer lo que nadie necesita? ¿Para qué se quiere aquí nada grande, si aquí el que sea grande ha de hacerse el chiquito para que le perdonen la vida y le dejen vivir?

V

¡ Los años de estudiante! Hay quien los recuerda siempre como los más felices de su vida. Hay quien á cualquier costa quisiera volver á ellos. Yo confieso que no. Será porque nunca he comprendido que los hombres ni los pueblos quieran volver á vivir una sola hora de su vida pasada. Bien pasado está todo lo pasado.

¡ Los años de estudiante! Si algún recuerdo grato dejaron en el corazón y alguna huella en la inteligencia, no fué por haber sido estudiante, sino por haber vivido.

La enseñanza más provechosa fué en las huelgas novilleriles, recorriendo las calles del Madrid viejo, rondas y cementerios, Moncloa y Casa de Campo, cafetines de barrio y merenderos de las afueras.

¿ En las aulas? Ya fué mucho que no aprendimos á detestar el estudio para toda la vida.

Yo recuerdo al profesor, todo benevolencia, que nunca pasaba lista, que no suspendía á nadie. El fué quien nos inició en el más descorazonador aspecto de la vida nacional: tener que esperarlo todo por gracia y nada por justicia. Y el que sólo atendía á la recomendación, ó al apellido ilustre que excusaba la recomendación. Y el que sólo asistía á su cátedra por salir del paso, entre leerse toda la lista, preguntar á uno y explicar la lección una media hora. Y el pedante que alardeaba de elocuencia y de liberalismo con párrafos de Castelar y latiguillos de mal cómico. Y el buen presbítero, latinista á la antigua, que decía *ojeto, lección y otava*. Y el chocarrero que todos los años, en los mismos días, contaba los mismos chascarrillos...

Y de todos ellos, salir á la calle, volver á casa sin una sola idea, sin una sola emoción. Ni los respetábamos ni los queríamos. ¿Qué podían enseñarnos? El libro leído á escondidas, el teatro, la calle, el paseo, esos eran los mejores maestros.

Por lo que hace al compañerismo, no era más agradable la vida estudiantil. Como en

ninguna parte, se imponía la selección. Nunca pude soportar que en nombre del compañerismo hubiera que hacerse solidario de cualquier gansada que se le ocurriera al más bruto.

En los niños y en los animales es donde se halla más claro el sentimiento de la justicia, y en los jóvenes, que son por la fuerza de la edad un compuesto del niño y del animalito, la idea de la justicia es clarísima. Aunque entonces renegáramos de su rectitud, hoy es nuestro mejor recuerdo para el único maestro que sabía cumplir con su deber y, tratándonos como á niños, nos daba más justa idea de ser hombres. ¿Los demás? El benévolo, el pedante, el chistoso, el remolón... todos iguales. En ellos aprendimos á estimar en lo que vale la sabiduría oficial, que nunca es corazón y rara vez es inteligencia.

* * *

El Premio Nobel de literatura ha sido este año para Maeterlink. La Prensa universal ha celebrado la elección con unanimidad,

que en casa no ha podido conseguir la candidatura de Pérez Galdós. Es más fácil poner de acuerdo á todo el mundo que á una docena de españoles.

Con Maeterlink nadie ha pensado más que en la obra. Nadie ha salido por ahí diciendo que el admirable soñador, el visionario del mundo trágico de las almas, es uno de los que mejor se han administrado el espiritualismo. El ha sido empresario y director de *tournées*—¡y qué *tournées*, y en qué compañías!—por todo el mundo. El ha dado representaciones en su casa abadía por su tanto cuanto, bastante subido. El ha impuesto á los empresarios el contrato de su esposa, Mme. Leblanc, mediana actriz y peor cantante. ¿Quién no recuerda sus polémicas y sus disgustos con el director de la Opera Cómica de París, porque éste, en uso de su perfecto derecho, se negaba á que la esposa del poeta estrenara la ópera sacada de su obra *Ariana y Barba Azul*?

De todo esto, tan poco *espiritual*, nadie ha dicho nada al proclamarse el nombre de Maeterlink como favorecido por el Premio Nobel. ¡Bien le vale el no ser español!

Aquí, no digo esas menudencias, no hubiera habido trapo que no le hubiéramos sacado á relucir, hasta ponerle en ridículo ante todo el mundo.

Nos lamentamos todos los días del aumento en la emigración. No emigran solo los que se van en cuerpo y alma. Son muchos los que, dejando aquí la corporal envoltura, han emigrado en espíritu hace mucho tiempo. ¡En tales condiciones van poniendo la vida nacional las intolerancias de unos y otros! Es nuestro sino vivir en perfecta guerra civil. ¡Y vive Dios que era más noble andar á tiros por las montañas y hasta por las calles!

¿No han leído ustedes con pena esa respuesta de... tres mil estudiantes—¡tres mil jóvenes!—á la moción de Mariano de Cavia, en pro del homenaje á Pérez Galdós?

Para ellos no es dogma la mentalidad de Galdós.

Claro está que no es dogma. ¡Ay, don Mariano, lo que es irnos haciendo viejos! En nuestros tiempos, sólo por no ser dogma hubiera bastado para que los jóvenes creyeran en ella.

VI

Mientras se prepara Inglaterra á celebrar el tercer centenario de Shakespeare, en el año 1916, celebra el primero de Dickens, y aunque el famoso novelista murió glorioso y rico y no haya de reparar su patria ninguna injusticia ni olvido al conmemorar su centenario, todavía se preocupa por la suerte de sus descendientes que no viven en situación muy holgada y procura mejorarla con el producto de la venta de un sello especial con la efigie de Dickens, sello de voluntaria adquisición, pero que ningún buen inglés dejará de comprar.

Fecunda Inglaterra en grandes escritores y sobre todo en grandes poetas, es Dickens, si no el mayor de todos ellos, el más nacional seguramente. Mucho más somos de nuestra raza y de nuestro linaje por los defectos que por las buenas cualidades. Padres y patrias quieren que sus hijos sean

bellos, pero quieren más que se les parezcan. Por lo que hay en un artista de perfecto, como que se sobrepone á su patria y á su tiempo y se incorpora al tesoro universal de la humanidad. Por lo que hay en él de nuestros defectos le estimamos más nuestro, y en ese punto en que la admiración se confunde con el cariño olvidamos que no es el mejor para saber que es el más querido.

En la admiración á Shakespeare de los ingleses hay algo de frialdad dogmática, es de esas cosas que están sobre la inteligencia y sobre el sentimiento, que no se discuten.

Pero yo tengo el convencimiento de que esa admiración no es sincera. Por algo los alemanes consideran también á Shakespeare como cosa suya. Ellos son los que mejor le han comprendido y los que más le han estudiado.

En Inglaterra es donde se ha supuesto que las obras de Shakespeare no podían ser suyas. El espíritu aristocrático de Inglaterra no concibe que un comediante, un hombre de humilde extracción, fuera capaz de es-

cribir esas obras. No hay más clara señal de que ni Shakespeare ni sus obras han sido comprendidas.

No es extraño: el espíritu de Shakespeare no es muy inglés. A pesar de sus ditirambos por Inglaterra, en algunas de sus obras se advierte que no le cegaba el patriotismo. Su espíritu era muy del Renacimiento, en su parte católica, que era la parte más pagana del Renacimiento. Más inclinado á la tendencia iniciada en Italia y con más fuerza en la misma corte pontificia de Roma, de convertir la religión católica en una religión de arte, de bellos y graciosos símbolos para los iniciados. Tendencia que hubo de contrarrestar la Reforma, reacción que obligó á la Iglesia católica, por instinto de conservación y de defensa, á la intolerancia y al dogmatismo irreductible. Lutero, tan admirado por nuestros progresistas, fué un reaccionario en toda la extensión de la palabra.

Que el espíritu de Shakespeare no simpatizaba mucho con la Reforma, pudiera demostrarse con textos de sus obras. No vale decir que Shakespeare era tan gran autor

dramático que sean sus personajes y no él el que habla en esos momentos.

El experto en achaques dramáticos conoce pronto cuándo hablan los personajes y cuándo habla el autor. No hay un gran poeta dramático en el que no haya un gran poeta lírico. Como no hay un gran poeta lírico en el que no haya un gran poeta dramático. La poesía es una é indivisible.

Tennyson es el verdadero poeta de Inglaterra, por las mismas razones que Dickens es su verdadero novelista. Nunca pudo haber discrepancia entre su espíritu y el espíritu de Inglaterra. Nada hay en ellos que haya podido alarmar la conciencia nacional, como en otros escritores, también muy de Inglaterra, Byron, por ejemplo, y no digamos de algunos de más amplio y más rebelde espíritu, como Shelley.

La rebeldía de Byron era sólo contra su clase, la aristocracia, y era puro aristocratismo. Por eso, en medio de su indignación y de sus protestas Inglaterra no dejó de admirarle, y los más indignados tal vez disfrazaban la envidia con la indignación.

La rebeldía de Shelley era más honda

porque era menos egoísta. Shelley, más aristocrático que Byron por la inteligencia, era más plebeyo por el sentimiento. Llegados á la acción, Byron se aprestaba á morir por Grecia, por el pueblo, sí; pero un pueblo artista, que para él representaba la aristocracia del espíritu helénico. Shelley hubiera combatido en las barricadas por un pueblo cualquiera en revolución contra una tiranía política ó religiosa.

Tennyson y Dickens, ni con la pluma ni con la espada, llegado el caso, hubieran combatido más que por Inglaterra, por justa ó por injusta causa. Así son siempre los escritores que una nación estima como verdaderos escritores nacionales.

Los ideales pequeños son siempre enemigos de los grandes. No hay gran patriota, sea cualquiera la manifestación de su patriotismo: artística, política, militar, que no haya perturbado la tranquilidad de su familia. No hay gran civilizador que no haya perturbado la vida de su patria. Las familias y los Gobiernos llaman rebeldes á estos perturbadores. La humanidad se lo debe todo á los rebeldes.

Fué Jesús el que dijo á su madre: «Mujer, ¿qué hay de común entre tú y yo?»

Pero á las madres sienta muy bien llorar por sus hijos al pie de todas las cruces, aun cuando sepan que la cruz es de redención para la humanidad. ¿Confesaremos que las madres heroicas capaces de sacrificar á sus hijos nos admiran tal vez, pero dejan en nuestro corazón el frío de la duda inquietante?

Todas las madres y todas las patrias nos quieren pequeños para que seamos más suyos. La diferencia es que la madre llora y acaricia; la patria detiene y castiga.

Por eso, la gloria pesa á veces como un remordimiento. Para lograrla, tenemos que endurecer el corazón, ser tal vez malos hijos y malos patriotas. Por amor á la humanidad parecemos inhumanos.

¡Felices esos espíritus de concordia que logran ser gloriosos y ser queridos, los que no fueron nunca perturbación ni turbulencia!

VII

Siempre que en un crimen de sangre sucumbe una mujer, víctima de las exigencias amorosas ó pecuniarias de un hombre, gran parte de la Prensa periódica considera con juiciosos razonamientos la perniciosa influencia de la literatura criminal y chulesca, y también de esa otra literatura pasional, aunque más elevada no menos perniciosa, como una de las causas determinantes del repugnante suceso.

Muy en su punto están esas consideraciones. Pero es el caso, que esa misma Prensa, cuando un crimen reciente no la obliga á moralizar, es la primera en dar cabida en sus columnas á los relatos de hazañas criminales y es la primera en celebrar esa literatura tan viril, tan castiza, tan fundamentada en el concepto del honor y del amor á la española. Estas suelen ser sus palabras.

En cambio, censura por falta de casticis-

mo, por exóticas, y en ocasiones llega á poner en tela de juicio la virilidad de los autores de aquellas obras en que la razón tiene un lugar preferente, sobreponiéndose al instinto y á la pasión avasalladora. Tal vez sea más falso, pero siempre será más educador.

Por mucho tiempo, el desenlace de todos los conflictos dramáticos era la puñalada, como suprema concesión á las necesidades de la vida moderna, el tiro.

Hoy, tal vez se razona, se piensa, antes de llegar á esas violentas resoluciones. ¡ Falta de brío y de empuje! ¡ Literatura de alfeñique! La reflexión, el razonamiento sobre nuestra parte de responsabilidad en las ofensas que nos agravian, ¡ afeminamiento! Donde estén la navaja, el puñal y el revólver, que se quiten todas las reflexiones.

La literatura y el arte son algo diferentes de la vida social, no deben nunca ser educadores, no hay nada comparable á la belleza de la pasión salvaje, que todo lo arrolla á su paso.

Como espectadores aplaudimos entusiasmados el drama de sangre. Después, si algún espíritu predispuesto al crimen halló in-

centivo al crimen en nuestro aplauso y el drama llega á ser realidad en la vida, entonces, sí, entonces ya nos alarma: culpamos á la falta de cultura, pero, claro está, esa cultura no debe ser literaria ni artística. La literatura es una cosa aparte. Como que el verdadero escritor no debe escribir para el público.

* * *

La maestra de niñas de un pueblecillo—¿qué importa el nombre?—yo lo diré á quien quiera saberlo—ha muerto... de hambre, así, como suena, de hambre. Era una mujer joven, había tenido cuatro hijos en cuatro años de matrimonio, los había criado, estaba débil, enferma, el sueldo era... el sueldo de las maestras rurales. La escuela estaba casi á la intemperie, por las goteras caía la lluvia, las ventanas sin cristales. La maestra no tenía un sillón en donde sentarse: en una mala silla desvencijada había de permanecer horas y horas.

Por ahorrar algo de la cantidad destinada á material, unos tres duros, fabricaba la tin-

ta de escribir con el hollín de la chimenea campesina mezclado con agua.

La infeliz hubiera necesitado alimentación sin escasez para contrarrestar la dolencia que la iba minando; pero, la maestra era quizás la más pobre del pueblo, ella no podía andar remendada, descalza, ni sus hijos tampoco. Su marido en nada podía ayudarla; un marido de maestra no puede buscar ocupación decorosa en un pueblo. Se ayudaba cazando: la caza es un noble ejercicio. La infeliz maestra murió por fin, murió de hambre: no tenía otro nombre el origen de su dolencia. No tendrá siquiera una pobre lápida sobre su sepultura que recuerde su nombre, en la que una mano piadosa pudiera escribir: «Maestra y mártir». No, de estos martirios nadie habla, nadie acusa.

Nos indignamos cuando la parcialidad política y la mala fe extranjera propalan y recogen la calumnia de unos supuestos martirios carcelarios. Las gentes de orden se apresuran á protestar contra estas calumnias.

¡ Ah! La calumnia que nos imputa un delito es muchas veces justiciera de otros delitos verdaderos que quedaron impunes.

Este martirio de una pobre maestra de escuela no es calumnioso. No es este solo; un delito son todas esas escuelas rurales, un martirio ignorado es la vida de todos esos maestros de niños.

¡ Y todavía os quejáis de los republicanos y socialistas y de los que se hacen eco de sus clamores en el extranjero y pretenden infamar el nombre de España con supuestos martirios carcelarios! Todo eso es fácil de comprobar y de desmentir. Bien podéis agradecerles que, cegados por la pasión política, no tiren á dar, como vulgarmente suele decirse. Si hablaran de estos otros martirios efectivos, si contaran al extranjero la muerte de esa pobre maestra, la vida miserable de tantos otros maestros... ¿cómo podríais desmentirlos? ¿Cómo ibais á protestar contra la calumnia? Pues ya veréis, cuando se abran las Cortes, cómo se discute con calor, con apasionamiento, con ceguera, sobre los martirios de Cullera. Ya veréis cómo nadie habla del martirio de los maestros, cómo nadie se acuerda ni nombra á la pobre maestra que murió de hambre y dejó cuatro hijos en la mayor miseria...